

SE HABLA DE...

**Carta desde África
EL ESCANCIADOR DE TILDES**

Alguna vez te he hablado de Hissein Isaak, el director de la escuela de Habile 3. Llegó con su familia hasta este campo de desplazados huyendo de la violencia hace nueve meses. Entonces hizo las listas de niños en edad escolar y empujó a la comunidad a levantar hangares que sirvieran como aulas. Cada día, de lunes a sábado, está a las siete de la mañana frente a un centenar de críos: no falla nunca. Durante cinco horas se afana, canta con ellos, abarrota la pizarra de palabras árabes y ejercicios de cálculo. No desfallece, congrega una pasión de pira entre los hielos. Ayer, al caer la tarde, nos volvimos a reunir con los jefes de la comunidad: las aldeas debían recoger y trenzar lienzos de espigas que, puestos bajo la lona de los hangares, protegieran del calor a los niños. Les volvió a hablar arrebatadamente del colegio, de la importancia de la enseñanza, del futuro de sus hijos: no creas que es fácil movilizar a unas personas que lo han perdido todo y apenas tienen comida. Hissein lo logró, una vez más.

Yo acudí a la reunión desalentado y exhausto. Hace un año que vivo en el Chad y sólo he visto crecer las hendiduras. En el último mes, hasta cinco grupos rebeldes se han enfrentado con el Ejército nacional en diferentes lugares del este del país. Nos dicen que miles de combatientes han muerto. El presidente Déby, gracias a las relucientes armas del petróleo, va rechazando las ofensivas. La tregua firmada el 25 de octubre, claro es, yace junto a los demás cadáveres. En Goz Beida y Koukou, las dos poblaciones en que vivo, militares amparados por las autoridades han asaltado de noche hasta seis casas de ONG pegando tiros y robando dinero: algunas organizaciones están evacuando a su personal. La semana pasada, la Unión Europea reconoció que el despliegue de su fuerza de paz en la frontera entre el Chad y Sudán se retrasará: no consiguen convencer a los gobiernos europeos de que concedan los helicópteros necesarios para el transporte de los soldados.

Hissein Isaak nació no lejos de estos campos, en un pueblo llamado Marena. De muchacho emigró a Jartum porque aquí no había colegios. Allí pudo estudiar, aprendió algo de inglés y obtuvo trabajo en una imprenta. Regresó a su tierra cuando lo llamó su padre, enfermo, y empezó su carrera como maestro. Todo

cuanto poseía, su casa y sus enseres, lo quemaron el 31 de marzo durante el ataque rebelde. Mientras le escuchaba, sentado bajo el árbol grande, arengando a la asamblea de jefes, pensaba dos cosas: que quizá él sí lograría que los gobiernos de Europa apresten sus helicópteros y que, sencillamente, no tengo derecho ni a la fatiga ni al desaliento.

CHAD, 23 DE DICIEMBRE DE 2007

Gonzalo Sánchez-Terán

XLSemanal@2005

[volver](#) [imprimir](#)